

"EL PATIO DE LOS TRIBUNALES"

---

Comedia en un acto original  
de:  
Valentín Murillo.

---

Estrenada en el Teatro de Variedades  
en Octubre, 1871.

personajes:

Andrea.  
Agustina.  
Teresa.  
Gilberto, procurador.  
Miguel.  
Eladio, escribiente.  
Andrés.  
Fabricio, agente de policía.  
Carlos, abogado.  
Rodolfo Tinterín.  
Mateo Lagunas.  
Receptores, litigantes, etc.

La acción pasa en Santiago; en nuestros  
días.

ACTO UNICO

---

Interior de uno de los patios del Palacio de los Tribunales de Justicia de Santiago. Gran puerta en el foro y otra lateral a la derecha del actor; la primera tiene comunicación con la calle y la segunda con el 2° patio. Puerta lateral a la izquierda que se supone ser de una secretaria.

ESCENA I.- ANDREA, AGUSTINA, TERESA Y LITIGANTES FORMANDO GRUPOS, YA SENTADOS O YA PASEANDOSE POR EL FONDO DEL PROSCENIO. A SU TIEMPO EL PROCURADOR GILBERTO.

ANDREA.- ¡Muy adelante va su pleito, Agustinita?

AGUSTINA.- Ni me lo diga Ud. Llevo empeñado hasta los postizos, y el pleito como si tal cosa. ¡Ay hijita! si es de volar la cabeza a un San Antonio.

ANDREA.- Y hace cinco meses, si mal no recuerdo...

AGUSTINA.- Ocho, comadre, ocho; y expirará el año y me saldrán canas y siempre las cosas en un ser -el procurador que no tiene tiempo, el receptor, que le sigue las mismas cuando llega a encontrársele, el escribiente que que... ¡Jesús! así me pesen mis culpas como me pesa no haber suscrito

la transacción que me propuso mi abogado. ¿Y Ud. Andreita?

ANDREA.- ¿Yo? yo en vísperas de ver concluido mi pleito y de una manera favorable.

AGUSTINA.- ¿Qué me dice Ud. ¡... si hace dos meses justos...

ANDREA.- Menos cuatro días... o cinco... sobre este punto no estoy bien segura.

AGUSTINA.- Más en mi favor. Dos meses menos cuatro o cinco días a que Ud. inicia su pleito y se ve en vísperas de una resolución, mientras que yo en ocho meses estoy tan avanzada como en el primer día. ¿Quién es su abogado?

ANDREA.- Don Enrique Morales.

AGUSTINA.- El mismo a quien tengo encomendada mi causa. ¿Es cierto que yo litigo de pobre?

ANDREA.- Ah; ya, ya comprendo... pero permítame Ud.; veo ahí a mi procurador y aprovecho la oportunidad para dirigirle una pregunta.

AGUSTINA.- ¿Don Gilberto es su procurador?

ANDREA.- ¿Acaso también lo es suyo?

AGUSTINA.- También. (SOLA) ¿No sé cómo teniendo los mismos patrocinantes y litigando por idénticos motivos, su pleito marche al vapor y el mío como negocio que toma a su cargo la municipalidad?

ANDREA.- ¡Don Gilberto!

GILBERTO.- En este instante precisamente...  
¡Ah! es Ud. señora Andrea?... Teresita, ... Ud. tan encantadora como siempre.

TERESA.- Y Ud. tan lisonjero como de costumbre.

GILBERTO.- ¿Yo lisonjero? se puede acaso ser lisonjero tratándose de Ud.?

TERESA.- ¡Jesús! se ha propuesto Ud. confundirme?

GILBERTO.- ¿Porque rindo justicia a su hermosura?

TERESA.- ¡El muy embustero! como si no lleva en cuenta los días que se ha perdido Ud. de casa.

GILBERTO.- Crea Ud. que mis ocupaciones, mi excesivo trabajo han tenido la culpa; pero esta noche contaba con proporcionarme el placer de ofrecerle la expresión de mis respetos y de mí...

ANDREA.- Y entre tanto ¿cómo sigue mi pleito?

GILBERTO.- Como era de presumirlo poniendo de mi parte toda mi actividad y toda mi inteligencia. Tan pronto previniendo al abogado -porque los abogados, señoría, suelen incurrir en lamentables descuidos- tan pronto requiriendo al receptor, después examinando yo mismo en secretaría los antecedentes del caso, más tarde...

ANDREA.- Ya, ya sabemos lo agradecidas que de  
bemos estar de Ud., señor Gilberto.

GILBERTO.- Es para mí una satisfacción... y  
si Teresita...

TERESA.- Por mi parte lo hallaría cumplido  
si no nos olvidara Ud. por tan largo  
tiempo.

GILBERTO.- Es muy injusto el cargo que Ud.  
acaba de formular contra mí; pero es-  
ta noche pienso cumplidamente desvane-  
cerlo.

TERESA.- Le prevengo a Ud. que soy muy exi-  
gente.

GILBERTO.- Estando la justicia de mi parte...

TERESA.- Y muy difícil de dejarme alucinar  
por palabras.

GILBERTO.- Ud. tendrá en adelante mil prue-  
bas para convencerse que mis palabras  
están en armonía con mis hechos.

TERESA.- Lo veremos.

ANDREA.- ¿Puedo entonces estar tranquila so-  
bre mi pleito?

GILBERTO.- Sin duda.

ANDREA.- Ya que hemos de verlo esta noche...

GILBERTO.- Sin falta, se lo aseguro.

ANDREA y TERESA.- Hasta luego. (SALUDAN CON

LA CABEZA A AGUSTINA).

GILBERTO.- Hasta la vista. (ANDREA Y TERESA DESAPARECEN POR LA DERECHA).

ESCENA II.- LOS MISMOS MENOS ANDREA Y TERESA.

GILBERTO.- ¡Es una deidad esa criatura;

AGUSTINA.- ¡Don Gilberto;

GILBERTO.- Precisamente ahora... (VIENDO A AGUSTINA) Ah¡¡ ¡Y qué se le ofrece a Ud.? Le prevengo que estoy muy de prisa.

AGUSTINA.- ¡Lo que quiero? que me facilite una copia del acta del comparendo que tuvimos hace una semana.

GILBERTO.- Vaya Ud. a la secretaría.

AGUSTINA.- Yo quiero una copia extrajudicial.

GILBERTO.- No puedo por ahora.

AGUSTINA.- Pero, señor...

GILBERTO.- Más tarde.

AGUSTINA.- Es su obligación...

GILBERTO.- Permítame Ud.; mi tiempo es muy agustiado.

AGUSTINA.- Yo también necesito de mi tiempo, y hace ocho meses que estoy...

GILBERTO.- No es culpa mía.

GUSTINA.- Si ud. tomara empeño...

GILBERTO.- Imposible.

GUSTINA.- Ya se ve... soy sola... no tengo a nadie que pueda estimular su...

GILBERTO.- (CON ARREBATO) ¿Qué dice Ud.?

GUSTINA.- (CON VEHEMENCIA) Que a tener dinero o una Teresita, mi pleito habría marchado con viento muy favorable.

GILBERTO.- Ud. se permite ciertas expresiones...

GUSTINA.- Digo lo que he visto con mis ojos.

GILBERTO.- Y dice Ud. una... ;Retírese Ud.;

GUSTINA.- No, no me retiro. (CERRÁNDOLE EL PASO)

GILBERTO.- ;Infierno; Déme Ud. paso o voy a probarle si el procurador Gilberto...

GUSTINA.- ;Y qué; y qué;

GILBERTO.- Señora, si no me detuviera la consideración de que Ud. es una mujer (aunque maldito si lo parece).

GUSTINA.- ;Me facilita Ud. la copia?

GILBERTO.- Le he dicho a Ud. que reclaman mi atención otros asuntos, otras personas.

AGUSTINA.- Otras personas no habrán esperado lo que yo.

GILBERTO.- En fin ¿me permite Ud.?

AGUSTINA.- En fin ¿me facilita Ud. la copia? (GILBERTO DA VUELTA LA ESPALDA Y SIGUE OTRO CAMINO. AGUSTINA DETRAS DE EL). Le he de seguir a Ud. como su sombra. ¿Hace al caso en un pleito, es culpa mía si no tengo una rubia de azules ojos para que ponga Ud. de su parte toda su actividad, toda su inteligencia? Me presentaré al Juez, me presentaré a los tribunales, me presentaré a la corte, me presentaré a...

GILBERTO.- Señora, pida Ud. la copia a mi escribiente y acabemos con todos los santos!

AGUSTINA.- Ud. mismo me ha de conducir a su escritorio y darle la orden a su escribiente: así estaré más segura.

GILBERTO.- ¡Señora!

AGUSTINA.- O pasa Ud. sobre mí: estoy decidida.

GILBERTO.- ¡Venga Ud. con mil diablos; casualmente le diviso..., es él... Piston; Piston!! (SALEN)

ESCENA III.- MIGUEL Y SUCESIVAMENTE UN LITIGANTE, ELADIO, ANDRES Y GILBERTO

UN LITIGANTE A ELADIO, QUE SALE POR LA



DERECHA Y ATRAVIESA CAMINO DE LA SECRETARIA SIN SOMBRERO Y CON UNA GRAN PLUMA EN LA OREJA.

LITIG.- En qué estado se encuentra mi causa, ¿lo sabe Ud.?

ELADIO.- Me parece que en prueba... sí, en prueba... haga notificar a los testigos. (ENTRA EN LA SECRETARIA)

ANDRES.- (A MIGUEL) ¿Ha visto Ud. a don Gilberto?

MIGUEL.- ¿Al procurador?

ANDRES.- Sí, al procurador.

MIGUEL.- Hace un momento andaba por aquí... (MIRANDO A SU ALREDEDOR); pero ahora qué se yo...

GILBERTO.- No me ha costado poco trabajo desprenderme de esa furia, y esto que su causa va hacerse ahora mismo.

MIGUEL.- Mire, ahí lo tiene Ud.

ANDRES.- Gracias... Pues no ha sido poca fortuna... Don Gilberto;

GILBERTO.- Mande Ud.

ANDRES.- ¿Hizo notificar a la parte contraria la última providencia del Juzgado?

GILBERTO.- Aún no; pero en este momento iba a ocuparme del asunto. Pierda Ud. cuidado.

ANDRES.- ¡Qué he de perderlo; si hace una semana que viene Ud. repitiéndome la canción, y las cosas quedan más ni me nos en el mismo estado.

GILBERTO.- Pero hoy... ya verá Ud... es cuestión de un minuto.

ANDRES.- Razón demás para que se hubiera hecho sin pérdida de tiempo. Mi abogado cree que este retardo puede originar serios perjuicios.

GILBERTO.- Ríase Ud. de esas aprehensiones. ... Los abogados... ¡Hum!... Los abogados... Y a propósito, llevo invertido el último centavo de lo que me dió Ud. para iniciar el juicio.

ANDRES.- ¡Tan pronto!

GILBERTO.- Había que satisfacer los honorarios del receptor, comprar papel sellado, sacar copias autorizadas...

ANDRES.- ¡Corriente! Sólo sería de desear que su actividad y solicitud en pedir dinero, la empleara también en apurar los procedimientos del juicio.

GILBERTO.- Todo a su tiempo, no crea Ud. que me descuido.

ANDRES.- Veamos ¿cuento con que hará practicar inmediatamente la notificación?

GILBERTO.- Sin duda.

ANDRES.- Es cuanto necesito por ahora. (VA-

SE ANDRES Y GILBERTO GUARDA EL DINERO  
Y HACE ANOTACIONES EN SU CARTERA)

GILBERTO.- Restaban aún siete pesos... no im-  
porta; el dinero nunca está demás.

ESCENA IV.- MIGUEL, GILBERTO, CARLOS Y POCO  
DESPUES FABRICIO.

CARLOS.- Don Gilberto; no me había dicho Ud.  
una palabra del decreto del juzgado en  
el negocio de los Aguilera;

GILBERTO.- Señor, iba precisamente en este  
momento...

CARLOS.- En este momento; Ayer mismo debió  
instruirme de esta resolución. Hay que  
presentar escrito ahora mismo, y como  
tengo una causa en tabla no sé si pue-  
da...

GILBERTO.- Lo redacta en un momento en la se-  
cretaría. Voy a enviarle papel sellado,  
y le advertiré cuando le toque su ale-  
gato. (CARLOS ENTRA EN LA SECRETARIA)

FABRICIO.- ¡Don Gilberto!

GILBERTO.- Pronto; iba precisamente ahora...

FABRICIO.- ¿Qué dice Ud.?

GILBERTO.- ¡Calle! don Fabricio; si creí que  
alguno de mis clientes... ¡Ay, amigo  
mío; no sabe Ud. lo fastidiosos y éxi-  
gentes que son estos señores. Pero,  
¿qué hace Ud. por aquí? ¡Un agente de  
policía en el palacio de los tribuna-  
les...!

FABRICIO.- Chit; (MIRANDO A TODOS LADOS) Quiero guardar el incógnito.

GILBERTO.- ¡Oigan; ¿Andamos siguiendo la pista de alguna fiera?

FABRICIO.- Así parece..

GILBERTO.- ¿Y quién es ella?

FABRICIO.- ¿Guardará Ud. reserva?

GILBERTO.- Como un muerto.

FABRICIO.- Estoy comisionado para poner bajo sombra a Rodolfo, ese maldito tinterillo que acaba de hacer una de las suyas.

GILBERTO.- ¡Hombre; Y procederán Uds. con un acierto... Es el tal Rodolfo un pillo de cuenta.

FABRICIO.- Lo conozco; es antiguo parroquiano...

GILBERTO.- ¿De San Pablo?

GILBERTO.- Ciertamente, y... ¿lo ha divisado Ud. por estos sitios?

GILBERTO.- No sé si hoy precisamente; pero ayer... ah; ayer de seguro.

FABRICIO.- Y qué me importa a mí ayer ni antes de ayer ni todos los días pasados.

GILBERTO.- Convenido; pero como tropieza uno con él a cada paso, no se puede saber

a punto fijó... No tardará, eso sí: vi  
ve en los tribunales más que en su ca-  
sa misma.

FABRICIO.- Lo sé, y por eso es que tiendo a-  
quí mis redes... daré entre tanto una  
vuelta por el otro patio.

GILBERTO.- No tan de prisa; dígame Ud. antes  
de qué se le acusa.

FABRICIO.- Mas tarde, hay aquí tantos que pu-  
dieran cirnos.

GILBERTO.- ¡Bah! si cada cual se ocupa de  
sus asuntos.

FABRICIO.- (CON MISTERIO) Pues bien, este in  
fierno de Rodolfo acaba de hacer la  
chica.

GILBERTO.- ¡La chica; y decía Ud. que era co-  
sa de bulto.

FABRICIO.- Y lo sostengo.

GILBERTO.- En qué quedamos ¿es chica o es  
grande?

FABRICIO.- Se trata de una falsificación.

GILBERTO.- ¡Por San Crispulo; de una falsifi-  
ca...

FABRICIO.- Silencio, que nos van a cir.

GILBERTO.- ¿Cómo ha sido?

FABRICIO.- Rodolfo defendía a un señor Bal-

carce residente en Talca.

GILBERTO.- Lo sabía.

FABRICIO.- También sabrá que existe una sentencia del dos o tres del corriente mandando abonar 500 pesos por indemnización de perjuicios...

GILBERTO.- ¿A Balcarce?

FABRICIO.- Sí, a Balcarce.

GILBERTO.- Prosiga usted.

FABRICIO.- Rodolfo remitió a su apoderado una copia, falsificando la legalización y la firma del escribano.

GILBERTO.- ¡Hombre! ¿Y a qué fin?

FABRICIO.- Para un acto muy inocente, para poner 300 pesos en lugar de 500 y aprovecharse así de la diferencia.

GILBERTO.- ¡Jesús!

FABRICIO.- Balcarce husmeó el asunto, vino a Santiago, se descubrió el pastel y se decretó una orden de arresto.

GILBERTO.- Aquí quiero verte...

FABRICIO.- Ni una palabra.

GILBERTO.- Ni media.

FABRICIO.- Si divisa a Rodolfo...

GILBERTO.- Pierda Ud. cuidado.

FABRICIO.- Estoy aquí en los alrededores.

GILBERTO.- No lo olvidaré.

ESCENA V.- CARLOS Y GILBERTO.

CARLOS.- Y bien, don Gilberto, ¿me trae Ud. el papel sellado?

GILBERTO.- ¿El papel sellado?... voy al momento.

CARLOS.- Si lo creía a Ud. de vuelta.

GILBERTO.- Y no se equivocaba Ud. porque sobre la marcha...

CARLOS.- Si Ud. no se hubiera ofrecido de tan buena voluntad...

GILBERTO.- Ya, ya estoy aquí (DESAPARECE POR UNA PUERTA, Y RODOLFO ENTRA POR OTRA)

ESCENA VI.- MIGUEL, RODOLFO, MAS TARDE, MATEO, GILBERTO, CARLOS.

RODOLFO.- (DIRIGIENDOSE A MIGUEL) Eh; mon garçon, de qua tu reir?

MIGUEL.- Rodolfo; hola ¿cómo vá?

RODOLFO.- Tut a merveil.

MIGUEL.- ¿Qué te va bien?

RODOLFO.- Ce ca,ca tu ta fait.

MIGUEL.- Déjate de latines si quieres que te entienda.

RODOLFO.- ¿Vu vuluar referirse a mua?

MIGUEL.- Entonces no contesto una palabra, y  
peor para tí porque tenía que decirte.

...

RODOLFO.- ¡Bah! si es un plesanterí como de-  
cimos nosotros los franceses; no te en-  
fades, chico.

MIGUEL.- Si creí que hablabas latín.

RODOLFO.- Pa sa prexan... aunque poseyendo  
con perfección ambos idiomas... y bien  
¿de qué te reías?

MIGUEL.- Del procurador Gilberto; todo su lu-  
jo es andar como una ardilla y decir a  
sus clientes:

RODOLFO.- Ya, ya sé: Justamente ahora me pre-  
ocupaba del asunto... pierda Ud. cuida-  
do... es negocio de un momento;

MIGUEL.- Y, en buenos términos, no hace na-  
da, y haría menos si los litigantes no  
estuvieran sobre él. ¡Y que le hubie-  
ran preferido en la terna cuando yo  
con mejores títulos...!

RODOLFO.- No te inquietes, muchacho, por tu  
suerte; tú eres agencioso, y a procu-  
rarme ahora los pleitecillos que te  
vengan a mano, no seré olvidadizo quan-  
do esté en el poder.

MIGUEL.- ¿Tú en el poder?

RODOLFO.- ¿Y por qué no? Un sujeto de mis ap



titudes me parece que tiene derecho a esperarlo todo... ¡Si se supieran apreciar mis talentos!...

MIGUEL.- Y a propósito...

RODOLFO.- Y a propósito, juego un lindo papel en política, y a triunfar el candidato de mis afecciones -y triunfará, pues tengo una decidida intervención- doy por hecha mi carrera. Con que así, cualquier pleito que puedas procurarte ... ¿me entiendes? Aquí estoy yo; y pará entonces, cuando tenga vara alta no te quejarás de mí.

MIGUEL.- Iba a decirte que ví conversar con mucho sigilo a Gilberto con...

RODOLFO.- Aguarda... o mucho me equivoco, o tenemos paganos en nuestras tiendas. Sigue al pie de la letra lo que voy a decirte, que lo demás corre de mi cuenta.

MATEO.- (MIRANDO A TODOS LADOS CON AIRE BOBÁLICON) Pues, señor, estoy confundido, y lo que es ahora... (GILBERTO ENTRA A PRESURADAMENTE Y TROPIEZA CON EL).

GILBERTO.- ¡A qué diablos se ponen estos postes en el camino!

MATEO.- Señor, dispense Ud... ¡Pues no gasta ceremonias; Y el golpe lo he recibido de lleno en las narices.

GILBERTO.- (A CARLOS QUE APARECE EN EL UM-

BRAL DE LA SECRETARIA) Aquí tiene Ud. no me detuve sino un instante en la puerta para dar razón a un sujeto de los trámites que debe seguir en su expediente.

CARLOS.- Llega Ud., sin embargo, cuando me advierten que está haciéndome mi causa ... Ahí... en la secretaría le dejo el borrador del escrito.

GILBERTO.- No había para qué tomarse ese trabajo, no sería ésta la primera vez que he redactado y que...

CARLOS.- Hágalo sacar en limpio inmediatamente.

GILBERTO.- Yo, yo mismo si corre tanta prisa.

CARLOS.- Muy bien, y preséntelo sin pérdida de tiempo.

GILBERTO.- Al instante.

ESCENA VII.- MIGUEL, RODOLFO Y MATEO.

MATEO.- Estoy desorientado... ¿A quién encomendarle mi juicio?  
(RODOLFO Y MIGUEL SE PASEAN UNAS VECES Y OTRAS SE PARAN, PROCURANDO SIEMPRE SER OIDOS DE MATEO).

MIGUEL.- ¿Cómo te fué en el pleito que defendías a los Herreras?

RODOLFO.- (CON ENFASIS) ¿Cómo me fué? Muy

desusada me parece la pregunta. ¿He perdido acaso algún pleito desde que obtuve mi título en la universidad? Y cuidado que hace diez años a que ejerzo mi profesión, lisonjeándome que nadie me aventaja en el número de causas y expedientes que he tenido que tramitar.

MIGUEL.- Cierto que has tenido una decidida suerte.

RODOLFO.- ¡Suerte! Llámala así si te acomoda; pero creo que la suerte consiste en mis vastos conocimientos de legislación y derecho.

MATEO.- ¡Muy bien dicho; hé ahí un señor a quién quería encomendarle mi causa.

MIGUEL.- ¿Sabes, amigo Rodolfo, que a pesar de tu prestigio y de tu crédito tan universalmente reconocido estoy muy distante de envidiar tu fortuna?

RODOLFO.- ¿Por qué, si gustas decírmelo, carísimo Miguel?

MIGUEL.- La razón es obvia, porque tu talento te ha conquistado muchos enemigos y muchos envidiosos.

RODOLFO.- ¡Bah!

MIGUEL.- Escucha; sin ir más lejos, ayer tuve ocasión de presenciar lo siguiente: Don Juan Encina, albacea de la testamentaria de Dariel, confió su defensa en el

pleito promovido por los herederos, a Santiago Belmar, abogado inteligente y muy conocido en los tribunales por sus brillantes defensas y eruditos alegatos.

RODOLFO.- Ante todo es preciso ser justos, y reconozco que Belmar es una notabilidad en el foro.

MIGUEL.- Pues bien, amigo mio, cuando todo parecía arreglado y cuando Belmar contaba con un pingüe honorario -pues tú sabes que en la testamentaria de Dariel se ventilan intereses de suma consideración- Belmar renunció de improviso a la defensa.

RODOLFO.- No sé ni tenía conocimiento...¿Qué pudo ocurrir para un cambio tan repentino?

MIGUEL.- Voy a decírtelo: Belmar preguntó al albacea quién era el defensor de los herederos -Rodolfo Tinterin, le respondió - ¡Rodolfo Tinterin! replicó Belmar, pues entonces no hay nada de lo dicho. -¿Qué dice Ud.?- Que me excuse de patrocinarlo en su juicio; ante todo debo atender por mi prestigio profesional, y defendiendo Rodolfo a la parte contraria, mi derrota es segura. -Caballero, replicó el albacea, mis derechos en este juicio son incontestables.- Yo lo creo, dijo Belmar; pero Rodolfo tiene tantos recursos, sabe presentar las cosas de tal manera, tiene procedimientos que le son tan especiales, que desde a-

hora preveo el éxito y desisto, por con siguiente, de ser su patrocinante. En vano el albacea apuró la retórica del convencimiento: Belmar se mantuvo inflexible en su resolución.

MATEO.- Pues al señor Rodolfo y a ningún otro le encomiendo mi causa.

MIGUEL.- Ya ves, amigo mío, si tenía razón al decir que no envidiaba tu fortuna. Belmar y muchos otros como él, no tendrán por tí, a lo que presumo, muy buena voluntad.

RODOLFO.- (DECLAMANDO) ¿Y qué me importa? ¿Hay algo acaso que pueda compararse a la satisfacción de tener bajo su égida una causa que se creía detestable, una causa que se creía perdida, estudiarla detenidamente, descubrir un rayo de luz, un punto favorable, apoyarse en él, combatir con entusiasmo y con denuedo, salir triunfante a despecho de la opinión, recibir los tiernos agradecimientos de su patrocinado o contemplar sus lelirantes transportes? Ah; llueven sobre mí las cóleras y destile la envidia su veneno, si en cambio ha de venir a recompensarme la gratitud de mis defendidos.

MATEO.- Esto es hecho; a no estarlo con anterioridad, estas últimas palabras me habrían decidido... Señor Tinterin... Caballero Rodolfo;

RODOLFO.- ¿Qué dice Ud.?

MATEO.- Señor... querría me patrocinara en

un pleito que voy a iniciar con...

RODOLFO.- Es inútil, no tengo tiempo por ahora.

MATEO.- Señor, no me atrevo a encomendar a ningún otro...

RODOLFO.- Hay tantos abogados que pudieran defenderlo.

MATEO.- Sí, que pudieran... pero un abogado de sus talentos...

RODOLFO.- Me es sensible verme en la necesidad de insistir en mi negativa.

MIGUEL.- Rodolfo, tal vez este hombre tiene cifrado todo su porvenir en su pleito.

MATEO.- Sí, señor, absolutamente todo.

MIGUEL.- Ya ves... en justicia, no puedes excusarte de defenderlo.

RODOLFO.- Si es así...

MATEO.- (CON TRANSPORTE) ¿Acepta Ud.?

RODOLFO.- Sepamos ante todo los antecedentes del juicio: yo no defiendo sino pleitos justos.

MATEO.- Si es eso solo, estoy tranquilo.

RODOLFO.- Explíquese Ud.

MATEO.- Hace un mes... no, mes y medio;...ha

ce mes y medio a que Felipa, mi mujer...  
(SE LLEVA EL PANUELO A LOS OJOS) Pobrecita... murió legándome toda su fortuna.

RODOLFO.- ¿Y Ud. se aflige por la herencia?

MATEO.- ¿Qué ha de ser por la herencia!...  
no, señor...

RODOLFO.- Ya, ya entiendo: por la muerte de su mujer.

MATEO.- ¡Tampoco! ¿Yo había de llorar por esa friolera? Mujeres, a Dios gracias, no faltan en el mundo.

RODOLFO.- Ya me lo decía... un hombre de talento, como parece Ud... ¿Por qué entonces esa aflicción?

MATEO.- Porque los hermanos de Felipa me disputan los bienes.

RODOLFO.- Eso es más serio.

MATEO.- Y tanto que lo es. (SE ENJUGA OTRA VEZ LOS OJOS)

RODOLFO.- Vamos, tranquilícese que soy yo, Rodolfo Tinterín, quien lo defiende.

MATEO.- Sí, señor, y me vuelve Ud. el alma al cuerpo.

RODOLFO.- ¿La herencia consiste en bienes raíces?

MATEO.- ¿Raíces? Y por qué había yo de pleitear por raíces si andan botadas por el

suelo? A no ser que fueran raíces medicinales.

RODOLFO.- No me ha comprendido Ud... no importa; es entonces algún mueble?

MATEO.- Y no uno sino muchos... todos los muebles... hasta el catre y la... todo a puerta cerrada.

RODOLFO.- Muy bien, ¿se trata de una casa?...

MATEO.- Sí señor.

RODOLFO.- ¿Qué alegan los hermanos de su mujer para disputarle sus derechos?

MATEO.- ¿Lo sé yo acaso?

RODOLFO.- Algo habrá traspirado Ud.

MATEO.- Lo que he traspirado ha sido sangre a consecuencias de la paliza que me dieron. Y que digan mis costillas si miento, que lo digan...

RODOLFO.- ¿Cómo fué eso?

MATEO.- ¿Cómo? Sacudiéndome de lo lindo.

RODOLFO.- ¿Qué causas, qué motivos, de que manera?...

MATEO.- Fui a tomar posesión de mis dominios, convencido como estaba de mis derechos, cuando en lo mejor...

RODOLFO.- Permítame Ud.; ¿Alguna cláusula del testamento favorece a los hermanos de Felipe?



MATEO.- ¿Qué testamento?

RODOLFO.- El que lo nombra a Ud. heredero de esta fortuna.

MATEO.- Si la infeliz no tuvo tiempo para hacerlo... me nombró su heredero universal, pero fue solo de palabras.

RODOLFO.- Prosiga Ud.

MATEO.- Tomé, pues, posesión de mis dominios y cuando explicaba a un albañil las reparaciones que pensaba emprender, los hermanos de Felipa, que me espiaban desde el garnero, se arrojaron sobre mí como unas furias, y a no ser por la velocidad de mis piernas, me dejan en la demanda.

RODOLFO.- Todo esto se tomará en consideración; pierda Ud. cuidado. Pagarán y con creces la paliza.

MATEO.- Si hubiera visto el chubasco... en la cabeza, en las espaldas; sobre todo en las espaldas me cargaron la mano. Si sólo de acordarme... todavía conservo señales. (QUITÁNDOSE EL SOMBRERO) Las que están a la vista; sí, señor, exceptuando este rasguño en la nariz. Soy hombre de bien, y no es mi ánimo cargar selos en cuenta. Lo de la nariz fue ahora... un señor con muchos papeles, que entraba como un viento.

RODOLFO.- ¿Tuvo Ud. hijos en su matrimonio?

MATEO.- Sí, señor, dos pilluelos más listos que un lebrei.

RODOLFO.- El caso es muy sencillo.

MATEO.- Sí, ¿eh? ¿Puedo entonces contar con el pleito?

RODOLFO.- Como si estuviera fallado en su favor con costas de primera y de segunda instancia, indemnización de perjuicios, etc., etc. Tráigame sí a la mayor brevedad la partida de su casamiento.

MATEO.- ¿Qué me dice Ud.? la partida de...

RODOLFO.- De casamiento.

MATEO.- ¿Es indispensable?

RODOLFO.- Sin duda.

MATEO.- Y no se podría... Vea, señor, tengo muy buenas razones para desear que la partida no figure en el expediente.

RODOLFO.- ¡Qué locura! Si en ella voy a fundar mis alegatos.

MATEO.- Me pone Ud. en un conflicto.

RODOLFO.- ¿Por qué?

MATEO.- Tengo mis motivos.

RODOLFO.- ¿Tan difícil es encontrarla?

MATEO.- Mucho lo temo.

RODOLFO.- Busque Ud.; no deje parroquia, ni deje...

MATEO.- Oiga, Ud., caballero Rodolfo; estoy

resuelto a no presentar la partida.

RODOLFO.- ¡Raro capricho!

MATEO.- Pero muy fundado.

MIGUEL.- ¡Hum! Me parece verlo venir.

RODOLFO.- Conozcamos bien el asunto para proceder con conocimiento de causa.

MATEO.- Es como sigue: Felipa era mi mujer...

RODOLFO.- Ya, pero...

MIGUEL.- Ahí está el quid.

MATEO.- Pero no tenía... pues... las bendiciones... las de la iglesia.

RODOLFO.- ¡Hum! no tenía las... Lo dijera Ud. desde luego... ¡Canario que eran buenas razones para excusarse de presentar la partida!

MATEO.- Pero tenía sobre Felipa todos los derechos de un esposo. Cuando era el caso, le sacudía las liendres, y después, en gracia y en paz de Dios.

RODOLFO.- La causa se complica, y nadie, a no ser yo, podría sacarlo airoso del pantano.

MATEO.- Luego a pesar de no existir la partida...

RODOLFO.- Lo haré poner en posesión de la herencia.

- MATEO.- Es Ud. un Fenix, señor Rodolfo ¿cuán do iniciaremos el pleito?
- RODOLFO.- Ahora mismo; yo no soy por las dilaciones.
- MATEO.- Y es Ud. conmigo. Así me gustan a mí los hombres.
- RODOLFO.- Solo que hay necesidad de entrar en gastos desde luego. Con 50 pesos se hará por ahora.
- MATEO.- ¡Virgen del Carmen! 50 pesos;;
- MIGUEL.- ¿Cincuenta pesos no más pides? Así te verás mañana en la precisión de hacer gastos de tu bolsillo.
- RODOLFO.- Cierto; pero quiero hacer algo por este buen hombre.
- MATEO.- ¡Cincuenta pesos le parecen una miseria!
- RODOLFO.- Un juicio demanda muchos gastos.
- MIGUEL.- Cincuenta pesos es nada.
- MATEO.- Yo lo creía un exceso.
- RODOLFO.- Así suelen ser las equivocaciones.
- MATEO.- Yo querría litigar como pobre.
- RODOLFO.- Y bien; para conseguirlo, hay que presentar escritos en papel sellado, cubrir honorarios de procuradores, pagar escribientes, y esto no se hace con pa-

drenuestros ni avemarias.

MATEO.- Daré veinte pesos.

RODOLFO.- ¡Bah; bah; Busque abogados aunque sean don Juan Vicente de Mira, Don Eugenio Vergara, y veremos si le defienden a Ud. a pesar de su crédito y reputación, veremos... Cuando digo que yo solo...

MATEO.- Doy treinta pesos, y no sé si alcance a enterarlos.

RODOLFO.- Venda la casa, hipotéquela reservadamente a algún amigo, que algo pasarán por ella.

MATEO.- Y si vendo la casa, ¿qué viene a que darme?

RODOLFO.- Nunca se gastará todo; y aun siendo así ¿no cuenta por nada el honor de la victoria y la venganza de la paliza?

MATEO.- Tome Ud. cuanto tengo, que por vengarme de estos pícaros...

RODOLFO.- Eso es razonar con talento. (MATEO DESATA LA FAJA) Más tarde; allá cuando Ud. venga a informarse de los trámites no olvide traer la faja más provista.

MATEO.- Pero ¿ganaré el pleito?

RODOLFO.- Seguramente; le defiendo yo,...¿Sabe Ud. leer?

MATEO.- No, señor; como he olvidado mis anteojos...

RODOLFO.- Lo siento muy de veras, porque iba a mostrarle a Ud. el texto de la ley.

MATEO.- Léamelo Ud.; aunque he olvidado los anteojos puedo comprender sin dificultad.

RODOLFO.- Perfectamente ;cómo se llama Ud.?

MATEO.- Mateo Lagunas.

RODOLFO.- Pues oiga Ud. lo que dice el código en su página 3.000 vuelta: "Mateo Lagunas en el juicio que sigue contra los que se titulan herederos de Felipa Lagunas..."

MATEO.- No, señor, Felipa llevaba el apellido de Montalva.

RODOLFO.- Tiene Ud. mucha justicia. Las letras están borradas, pero fijando mi atención, veo que dice Montalva; pues bien... "en el juicio iniciado contra los que titulan herederos de Felipa Montalva, el tribunal fallará a favor del honrado Mateo Lagunas fundándose en las leyes 5a. y 8a., tít. 4º, part. 3a."

MATEO.- ;Eso dice?

RODOLFO.- Letra por letra.

MATEO.- ;Qué prodigio; ;Cómo puede saber el código mi nombre?

RODOLFO.- ¡Ay amiguito! Es que a mi me llegan por cada vapor las últimas publicaciones hechas en Europa. ¿No sabe Ud. lo listos que son por esos mundos?

MATEO.- Recibiendo por cada vapor... ya me explico... Dicen que por allá se beben los vientos. ¿Cuándo podré volver?

RODOLFO.- Mañana o pasado.

MATEO.- (SALUDANDO) Señor Rodolfo...

RODOLFO.- A las ordenes de Ud.; no olvide mi recomendación de proveer la faja con algunos doblones.

MATEO.- Sobre este punto...

RODOLFO.- O no podré seguir adelante.

MATEO.- Se ahrá lo posible. (SE RETIRA REPI- TIENDO) "Mateo Lagunas -ese soy yo- Mateo Lagunas en el juicio que ha iniciado contra los que se titulan herederos de Felipa"...

ESCENA VIII.- DICHO MENOS MATEO.

MIGUEL.- ¡Espléndido Rodolfo! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

RODOLFO.- Cuando te digo que soy un muchacho de provecho...

MIGUEL.- Me has dado una prueba irrexcusable ¿Cuánto contenía la faja del nazareno?

RODOLFO.- Cuarenta y dos pesos, veinte centavos.

MIGUEL.- ¿Me participarás la mitad?

RODOLFO.- ¿Eh?

MIGUEL.- ¡Por supuesto! entre los dos hemos trasquilado la oveja.

RODOLFO.- Te chanceas, sin duda.

MIGUEL.- Lo digo en serio.

RODOLFO.- ¡Jaja! pues me río de tu ocurrencia y de tu seriedad... Es gracioso ¿la mitad nada menos? No seas tímido, apura un poco el punto y pide todo.

MIGUEL.- Me parece que sin mí no habrías encontrado la liebre tan mansa.

RODOLFO.- A otras más selváticas he puesto de vuelta y media sin auxilio de nadie.

MIGUEL.- Me refiero al caso presente; en justicia deberíamos repartirnos por partes iguales.

RODOLFO.- Por fuerza debes estar con el cerebro en mala disposición. Toma el poco de dos pesos, veinte centavos y date con suerte.

MIGUEL.- Más vale nada.

RODOLFO.- ¡No seas soberbio: dos pesos veinte centavos no son de despreciar. ¿No quieres? o has olvidado que tengo a mi cargo la defensa de ese palurdo.

MIGUEL.- ¡Qué defensa posible hay en ese pleito; sacarle dinero sin resultado.



RODOLFO.- Eso lo sabré yo.

MIGUEL.- ¿Estás decidido a no hacer la repartición?

RODOLFO.- No me distraigas que estoy meditando los términos en que he de redactar el escrito de demanda.

MIGUEL.- Corriente.

ESCENA IX.- RODOLFO.

RODOLFO.- Hé aquí un día bien aprovechado. Pardiez... cuando aseguraba que un hombre de mis talentos y aptitudes podía aspirar a los puestos más encumbrados, muy buenas razones tenía para ello. Dígale Mateo... Ya sabré yo explotar esta mina. Que me desmienta Balcarce... ¡Sopla; esto es más serio... ¡Doscientos pesos de una plumada;... Y que me divisen el polvo... ya veremos si el hijo de mi madre es un pez resbaladizo... Ahora que me acuerdo... tengo que sacar una copia y registrar un expediente en la secretaría.

ESCENA X.- CARLOS Y ANDRES.

ANDRES.- (A CARLOS, QUE VIENE ENJUGANDOSE EL SUDOR CON EL PAÑUELO) Ud. me había asegurado que mi pleito era seguro.

CARLOS.- Y lo digo ahora mismo; mil veces que se presenten tales cuestiones, mil veces aseguraré el éxito.

ANDRES.- Y no obstante, el tribunal ha fallado en contra.

CARLOS.- ¡Hé ahí lo que me confunde; hermoso precedente va a dejar establecido el tribunal con su fallo; Por vida de... En fin, me resta la satisfacción de haber hecho lo posible por su pleito.

ESCENA XI.- LOS MISMOS Y GILBERTO.

GILBERTO.- Acabo de copiar el escrito y ahora precisamente iba a llevarle al juzgado.

CARLOS.- Está bien. (VASE).

GILBERTO.- ¿Qué lleva don Carlos, que va como un asnacho?

ANDRES.- Lo que lleva lo tengo, también, con mil diablos; que me perdió con costas el juicio que entablé contra mi suegra, a quién Dios confunda.

GILBERTO.- (SONRIENDOSE) No hable Ud. así de personas tan respetables.

ANDRES.- Eh? ¿Qué dice Ud.?

GILBERTO.- Digo que, a no ser por las suegras los pleitos disminuirían en su mitad, y que nosotros, gente de Leyes, debemos desear la propagación de la especie.

ANDRES.- (Así te deseara yo las plagas de Egipto). ¿Hizo Ud. practicar la notificación?

GILBERTO.- Si la hi... ahora precisamente.

ANDRES.- ¡Señor Gilberto;

GILBERTO.- Si no me hubiera detenido Ud., ya estaría despachada. Voy a ocuparme en el momento del asunto.

ESCENA XII.- ANDRES.

ANDRES.- ¡Es inconcebible! A no estar continuamente sobre estos señor se podría tener la certidumbre que del día a la noche se quedaría uno con la nariz al viento. Y pierda Ud. su tiempo, gaste su dinero, gaste su paciencia, gaste ... Bien pensado creo que más me convendría un avenimiento con mi suegra;

ESCENA XIII.- FABRICIO, MIGUEL; RODOLFO AL FINAL DE LA ESCENA.

FABRICIO Y MIGUEL APARECIENDO POR DISTINTAS PUERTAS.

MIGUEL.- ¡No se ha de reír de mí el muy píllo;... ¡Ofrecerme dos pesos, veinte centavos cuando todo el éxito lo debió a mi participación... No, pues, no fue poca habilidad hacerlo aparecer como un prodigio... ¡Hum! estaba aquí (POR FABRICIO) y yo que le buscaba por... ¡Don Fabricio;... ESTE NO RESPONDE) Y no es sordo me parece... ¡Don Fabricio;

FABRICIO.- ¿Qué dice Ud.?

MIGUEL.- Como no respondía, temí equivocarme.

FABRICIO.- ¿Y ahora que sabe que soy yo?

MIGUEL.- ¡Nada! que como le ví a Ud. conversar con Gilberto...

FABRICIO.- Es muy posible:

MIGUEL.- Quería prevenirle que ha salido, pero que no tardará en volver.

FABRICIO.- Gracias.

MIGUEL.- Al menos así me pareció oírle decir a Rodolfo.

FABRICIO.- ¡Hola! ¿está por aquí su amigo Rodolfo?

MIGUEL.- Entendámonos, don Fabricio; Rodolfo no es mi amigo... le conozco así... nada más.

FABRICIO.- Lo celebro por Ud., amiguito ¿y dónde se encuentra ahora?

MIGUEL.- Hablemos claro ¿se da alguna gratificación por descubrir el nido?

FABRICIO.- ¿Y por qué se había de dar?

MIGUEL.- Porque se me figura que Ud. no tiene muy buenas intenciones para con el pobre Rodolfo.

FABRICIO.- No hay dinero, ni gratificaciones ni nada....

MIGUEL.- No tengo ese genio tan arrebatado, me contentaré con poca cosa. (APARECE-

RODOLFO EN LA PUERTA DE LA SECRETARIA) diez pesos, y corren de mi cuenta los gastos de carruaje y...

FABRICIO.- (MOSTRANDO A RODOLFO) Ya ve Ud. si necesito de su auxilio.

MIGUEL.- Más me habría valido no ser soberbio (ALEJANDOSE).

ESCENA XIV.- FABRICIO, ELADIO Y RODOLFO.

ELADIO.- (DETRAS DE RODOLFO) Don Rodolfo, se iba Ud. sin pagarme la copia... talvez un olvido...

RODOLFO.- No por cierto; pero habiendo sacado yo mismo la tal copia...

ELADIO.- Eso no importa; se pagan siempre los derechos.

RODOLFO.- ¡Qué gente tan lista; y no son mis parientes, al menos que yo lo sepa. (PAGA Y ELADIO SE RETIRA.)

FABRICIO.- Don Rodolfo Tinterin, dese Ud. preso.

RODOLFO.- ¿Qué dice Ud.? ¿por qué había de darme preso? Alguna equivocación, alguna...

FABRICIO.- No, señor, estoy muy seguro de mis procedimientos.

RODOLFO.- ¿Y en virtud de qué? ¿dónde está la autorización, dónde la ley? Yono deajo

burlar así como se quiera mis garantías individuales.

FABRICIO.- Aquí tiene Ud. la orden.

RODOLFO.- No reconozco las firmas; pueden ser falsificadas.

FABRICIO.- Bien sientan esas palabras al falsificador de la sentencia en el juicio de Balcarce.

RODOLFO.- (Soy perdido) ¿Qué dice Ud.? ¿tal sospecha, semejante insulto a un hombre que por largo tiempo ha acreditado el crisol de su honradez? Si no me deja libre inmediatamente, entablo demanda por injurias.

FABRICIO.- Lo hará Ud. desde la habitación que se le tiene reservada.

RODOLFO.- ¿En dónde?

FABRICIO.- En San Pablo.

RODOLFO.- No me place ese alojamiento, es muy incómodo, excúseme Ud.

FABRICIO.- Es inútil que trate de evadirse, lo que va a conseguir es ponerse en mayor exhibición.

RODOLFO.- Pero ¿de qué se me acusa?

FABRICIO.- Ya se dirá a su tiempo.

RODOLFO.- Quiero saberlo desde luego.

FABRICIO.- Se trata del negocio de Balcarce.

RODOLFO.- ¿Y qué?

FABRICIO.- Que Ud. hizo un cambio de números muy significativo.

RODOLFO.- ¿Yo?

FABRICIO.- Ud.,... un tres por un cinco si mal no recuerdo.

RODOLFO.- Tres y cinco, a no ponerse en letras, son fáciles de confundir en la escritura.

FABRICIO.- El caso es que Ud. confundió también la cantidad que envió como remesa.

ESCENA XV.- DICHOS Y MATEO.

MATEO.- ¡Ah! está Ud. aquí aún, lumbrera del foro chileno? Vengo a que me saque una duda ¿me abonarán en dinero la paliza de que hablamos?... Sin contar la casa, se entiende.

FABRICIO.- ¿Qué jerigonze es esa?

MATEO.- No es ninguna jerigonza, es un pleito que tengo encomendado al señor.

FABRICIO.- Pues busque otro que lo defienda.

RODOLFO.- Ud. me perjudica en mis intereses.

MATEO.- Pierda Ud. cuidado, mi insigne defensor, que no pienso incurrir en tal locu

ra; (A FABRICIO) con este caballero tengo mi pleito en el bolsillo.

RODOLFO.- Después hablaremos más detenidamente... por ahora no dispongo de tiempo.

MATEO.- ¿Se me abonarán los palos? Esta es mi pregunta.

FABRICIO.- Le digo a Ud. que busque otro defensor si el caso lo precisa.

MATEO.- Le digo a Ud. que no haré tal niñería. A ver, cíteme otro abogado que, como el señor, reciba fresquitas todas las leyes de Europa; cíteme otro abogado que tenga en su código un artículo que me nombre con todas sus letras. ¡No sabe Ud. las espuelas que calza este pollo!

FABRICIO.- ¿Ha perdido Ud. el juicio?...

MATEO.- Puede que el suyo no esté muy firme. Oiga Ud., incrédulo, este es el texto: "Mateo Lagunas -servidor de Ud.- en el pleito que sigue contra los hermanos de su mujer..."

RODOLFO.- Quiere Ud. callar...

MATEO.- Iba a decir que el tribunal fallaría a mi favor siempre que me patrocinara Ud. mi ilustre don Rodolfo.

FABRICIO.- ¡Ja!ja!ja!

MATEO.- ¿De qué se ríe Ud.? Me parece que el artículo es bastante claro.



RODOLFO.- No le preste Ud. atención. (Vaya un parlanchin).

MATEO.- ¿Cómo Ud., mi abogado?...

FABRICIO.- Acabemos de una vez, el señor no es abogado.

MATEO.- Vaya si lo es, con que los más ilustres abandonan el campo cuando saben que don Rodolfo toma cartas en la baraja.

FABRICIO.- Ja;ja;ja!

RODOLFO.- Es cierto que no soy abogado; pero defendiendo con muy buen criterio.

MATEO.- ¡Jesucristo; pero la ley, la ley al menos no será un sueño.

FABRICIO.- La ley es una burla que le han hecho a Ud. y su ilustre abogado va a ser conducido a la policía.

MATEO.- ¡Santa Bárbara; Devuélvame los cuarenta y dos pesos veinte centavos que le dí para iniciar el juicio.

RODOLFO.- Eso lo veremos más tarde.

MATEO.- Pero no siendo Ud. abogado ni existiendo la tal ley...

RODOLFO.- Espere mi salida y nos arreglaremos.

FABRICIO.- ¡Otra de las suyas; Si querrá Ud. devolver ese dinero.

RODOLFO.- ¿Yo?... No por cierto... Y me parece que sus atribuciones...

FABRICIO.- No hay duda, pero su causa va a complicarse con un incidente bien poco favorable... ¿estamos?

RODOLFO.- Estoy en que quiero marchar pronto a mi destino.

FABRICIO.- (A MATEO) Mire Ud.,... (A RODOLFO QUE HUYE) aguarde Ud. con mil diablos.

RODOLFO.- No estoy por las dilaciones.

MATEO.- Señor... mi dinero;

ESCENA XVI.- MATEO Y MIGUEL.

MIGUEL.- ¿Dónde va Ud.?

MATEO.- Me llamaba ese señor... y luego...

MIGUEL.- ¿Lo llamaba ese señor? Pues húyale Ud. el bulto: era con el objeto de conducirlo a la cárcel.

MATEO.- ¿A mí?

MIGUEL.- Sí hombre, a Ud. don Fabricio no sabe hacer otra cosa.

MATEO.- Qué rara manía... pero siendo yo un sujeto inofensivo...

MIGUEL.- No importa... si Ud. lo conociera.

MATEO.- Así hubiera querido conocer al señor Rodolfo... \$42,20 cts.¡...

MIGUEL.- Aún no están perdidos.

MATEO.- ¿Qué me dice Ud.?

MIGUEL.- Que haciendo una iguala podemos recuperar el dinero. Donde Ud. me ve, soy muy versado en cuestiones de derecho.

MATEO.- Pero Ud. me ha hablado de iguala... que es eso de iguala... no entiendo.

MIGUEL.- Es un contrato muy sencillo; me firma un pagaré por la mitad de los 42,20 y me obligo a ponerlo en posesión del resto.

MATEO.- (CON IRONIA) ¿Y también tiene Ud. en el código algún artículo que nombre a su seguro servidor?

MIGUEL.- Hombre... no sea Ud. malicioso... yo no pido nada en calidad de adelanto.

MATEO.- ¡Y qué pediría!... Si me han dejado sin cristo...

MIGUEL.- Cobro honorarios únicamente en el caso de salir bien el pleito. Si Ud. se decide, aquí tengo papel sellado.

MATEO.- Pero \$21,10 cts...

MIGUEL.- ¡Vaya! deme Ud. 20 y asunto concluido. De otra manera lo pierde Ud. todo.

MATEO.- Entre nada y 22,20... estoy por decirme.

ESCENA XVII. - DICHOS FABRICIO QUE APARECEN  
EN EL UMBRAL.

MIGUEL.- Pues venga al escritorio de un amigo, y... (SE INTERRUMPE VIENDO A FABRICIO).

MATEO.- ¿Y qué?

MIGUEL.- (EN VOZ BAJA) Oigame Ud.

FABRICIO.- (VIENDO A MATEO) ¡Ah; aún está aquí... (SACA DINERO QUE CUENTA Y CONSERVA EN LA MANO)

MIGUEL.- Aguárdeme Ud. un momento y desconfie de ese hombre... quiere llevarlo preso.

MATEO.- Si soy inocente;...

MIGUEL.- Rodolfo debe haberlo comprometido. Tal vez su manera de vivir con Felipa sin tener las... ya Ud. sabe.

MATEO.- ¡Jesús me ampare!

FABRICIO.- ¡Hola;... amigo; (MATEO NO DA LA CARA) eh; Con usted hablo... ¿no me ha oído?

MATEO.- Sí, señor,... no, digo que no le había oído... ¡Por María Santísima no me lleve Ud. preso!

FABRICIO.- ¿Y por qué tendría que llevarlo? Vengo a devolverle el dinero que se de cid ió a entregarme Rodolfo, cuando a las puertas del tribunal lo puse en ma

nos de la policía, refiriendo lo que con Ud. había acontecido.

MATEO.- Mi respetable señor... mi dinero...  
¿Y usted no hace iguala?

FABRICIO.- ¿Qué? Qué es eso de iguala?

MATEO.- (CON MALICIA) No me comprende Ud.?  
... Vamos... que con cuanto debo par  
ticiparle.

FABRICIO.- Con nada absolutamente.

MATEO.- De manera que los 42,20...

FABRICIO.- Puede Ud. guardarlos.

ESCENA XVIII.- MATEO Y LUEGO AGUSTINA, AN-  
DREA Y TERESA POR LA DERECHA.

MATEO.- ¡Qué integridad! Y decían que trata  
ba de conducirme a la cárcel... Con-  
temos el dinero... no sea que el buen  
señor se haya pagado por sí mismo.

AGUSTINA.- ¿Don Enrique, aquí...? Don Enrique  
es un torpe, un ganso, un...

ANDREA.- Don Enrique es un portento, un pro-  
digio. Ganarme un pleito embrollado  
hace ocho meses...

AGUSTINA.- Perderme el mío, cuando un mucha-  
cho de escuela... Corta va a hacérse-  
me la lengua para desacreditarlo.

ANDREA.- Y la mía para bendecirlo. Voy, voy

sin pérdida de tiempo a participar en casa esta buena noticia.

ESCENA XIX.- DICHOS MENOS ANDREA.

MATEO.- Pues, señor, la cantidad está completa (SANTIGUÁNDOSE CON EL DINERO) 42, 20 que habiendo caído en manos profanas vuelven nuevamente a mi bolsillo.

AGUSTINA.- Perder mi pleito cuando en la conciencia de todas estaba la justicia de mi causa... ¡Ay! creo que me va a dar un accidente.

MATEO.- Señora, tranquilícese Ud.

AGUSTINA.- ¡Qué me tranquilice!... cuando vea arder este nido de cuervos, y en él a don Enrique y...

MATEO.- Pero, señora... Déje Ud., que yo tengo iguales deseos... ¡al diablo los pleitos!... Me doy por bien librado con no dejar aquí mi dinero,... y quien sabe si mis espuelas!

-----ooOoo-----